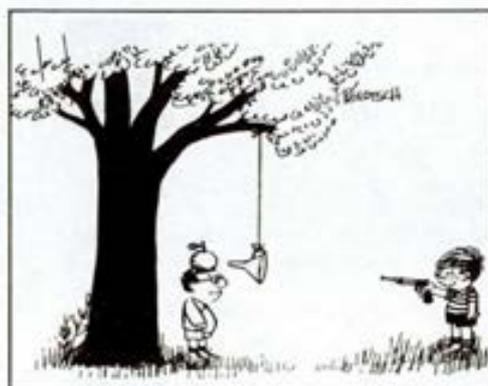


Diálogos familiares apócrifos

1. Los hijos contestatarios

Son más ilustres los padres que los hijos, incluso a veces los hijos son apócrifos lo mismo que estos diálogos. Por eso hemos de referirnos a los progenitores como punto de partida. Son figuras que todos conocemos y cuyos pasos novelescos o escénicos hemos seguido a través de la lectura o la representación. Sus diálogos y sus pautas de comportamiento los definen sin posible alteración en sus constantes tipológicas. Son personajes clásicos. Pero se trata al mismo tiempo de figuras arquetípicas que en la psicología, la pedagogía o el psicoanálisis han asumido la representatividad de determinados aspectos o conflictos de la conducta humana. Se habla del complejo de Edipo, del complejo de Esaú o del síndrome de Guillermo Tell. La función de los diálogos que se proponen a continuación no es otra que la de explicitar, colocando a los personajes en un contexto insólito, algunas de sus constantes, de sus obsesiones o de sus contradicciones. La brevedad y la obviedad de estos diálogos los sitúan fuera de cualquier intento de recreación literaria para dejarlos en lo que son: casos para la escuela.

JOSE LUIS BLANCO VEGA



EL HIJO DE DON GUILLERMO

(Entran en la casa Guillermo Tell y su hijo. El mítico ballestero acaba de atravesar con una saeta la manzana colocada sobre la cabeza del muchacho. A través de la ventana se oyen los aplausos y los vitores de la multitud.)

GUILLERMO: Escucha, escucha, hijo. Se les rompen las manos aplaudiendo. Acabamos de entrar en la leyenda.

EL HIJO: (Sin demasiado entusiasmo, hace los cuernos con la mano). ¡Lagarto, lagarto!

GUILLERMO: ¿Y eso qué significa? ¿O es que tu corazón no está lleno de orgullo?

EL HIJO: Eres el mejor ballestero de todo este país, ¿no era eso lo que querías demostrar? Pues asunto concluido. No habrá pájaro, ni corzo, ni conejo del monte que escape a tu saeta. Ni yo, si me descuido.

GUILLERMO: ¿Pero qué estás diciendo?

EL HIJO: Digo, padre, que doy gracias al cielo por tu buena puntería, pero me pregunto qué será de mí (o de alguno de mis ojos) en cuanto tengas cataratas en los tuyos o te tiemblen las manos al empuñar la ballesta.

GUILLERMO: Si es por eso, hijo mío, más recias que el armazón de una ballesta son las manos de tu padre.

EL HIJO: Que Dios me coja confesado.

GUILLERMO: Repetiremos el lance cuantas veces sea preciso para sacar de dudas a la opinión pública.

EL HIJO: Por eso lo decía.

GUILLERMO: El prestigio, hijo mío, es planta delicada a la que hay que cuidar. La primera saeta es un relámpago, pero sólo es duradero el esplendor de la segunda y la tercera. No quiero oír a mis espaldas la palabra chiripa. Vamos a demostrarles que mi pulso es de hierro, mi ojo tan certero como el ojo de un águila y mi hijo una caríátide de mármol.

EL HIJO: Me veo haciendo el número de la saeta y la manzana por todos los feriales del contorno.

GUILLERMO: Un héroe nacional se debe a su pueblo.

EL HIJO: ¿Y por qué tengo que ser yo una parte de tu deuda?
 GUILLERMO: Me estás resultando un pequeño insolente.
 EL HIJO: Padre, he crecido mucho esta mañana. Fueron años los segundos que pasaron desde que empezaste a amagarme con la punta de la saeta.
 GUILLERMO: Pues mira si mi barba no encaneció diez años en la empresa.
 EL HIJO: Como la plata te reluce.
 GUILLERMO: No será, digo yo, porque estuve en mis glorias al tenerte como diana.
 EL HIJO: Desde luego que no. Te has tomado tan a pecho el lema de tu casa, «donde pongo el ojo pongo la saeta», que no cabe otra razón en tu caletre. Y qué angustias las tuyas. Sudaban como un perrito colgado de una viga. Toda la honra de tu estirpe estaba pendiente de un tiro de ballesta. Fallar el tiro era apearse de la historia. Y todo ello me importaría a mí un rábano si tu artumentación más contundente no tuviera que apoyarse en mi cabeza.
 GUILLERMO: Debo entender que reniegas de mi hazaña?
 EL HIJO: Llámalo como quieras.
 GUILLERMO: Apostasía de tu sangre y de tu casta, eso es lo que le llamo, porque no se me viene a la boca otra sentencia.
 EL HIJO: Pues las hay más sencillas: manipulación, utilización de tu poder de padre para traerme al retortero de las convenciones de tu imagen pública.
 GUILLERMO: Que es la tuya.
 EL HIJO: No es la que me devuelven mis espejos.
 GUILLERMO: Pues mírate en los míos.
 EL HIJO: Allí sólo estás tú coronado de gloria por los siglos de los siglos. Comprendo que sea una imagen que te guste. ¿Cómo ibas a perdértela? ¿Que alguien no se ha tragado tu leyenda de mítico sagitario de los bosques?, pues ya está, que venga acá mi niño que me voy a lucir y hasta lo voy a hacer más difícil todavía. Y de paso, os demostraré cómo funciona la autoridad paterna en la casa de Guillermo Tell.
 GUILLERMO: No has entendido nada.
 EL HIJO: ¿Y cómo llamarías a tu cara de satisfacción cuando atravesabas la plaza y oías los comentarios de tus «fans»? —Ese sí

que es un buen hijo, aprende del mozuelo que se dejaría saltar un ojo con tal de dejar bien a su papá. O aquel amigo tuyo que, para manifestar su entusiasmo, te volcó sobre las barbas medio barril de cerveza: —«¡Vaya suerte la tuya! —te decía— le hago eso yo a mi hijo y me obliga a tragarme la manzana».

GUILLERMO: Cosa que tú no harías, a Dios gracias.
 EL HIJO: Ya no estés tan seguro.
 GUILLERMO: Pero vente a razones, mocosuelo, si es que aún te queda alguna. ¿No fuiste tú quien aceptó el desafío, quien dio el paso adelante, quien pregonó ante la multitud que llenaba la plaza: ya veréis quién es mi padre con una ballesta en la mano?

EL HIJO: Pero luego ocurrió aquello: ...sssiuuuu... sssiiuuuu...

GUILLERMO: ¿Y eso qué significa?
 EL HIJO: Es el silbo de una saeta volando hacia mi cabeza, la música de mi liberación, papaño, porque me tenías el coco tan comido que necesité ese violín para salir del muermo: ...sssiuuuu... Tu saeta no partió solamente la manzana, hizo trizas tu imagen, rompió el encantamiento. Me pregunté de pronto qué es lo que estaba haciendo con aquella manzana en la cabeza. Te vi tomar distancias y apuntarme. Y entonces, de repente, ya no fue mi confianza en tu ballesta lo que me tuvo inmóvil, sino el miedo. Entérate, papá, fue el miedo lo que me dejó de piedra. ¿Por qué cierras la ventana?

GUILLERMO: No quiero oír esos aplausos.
 EL HIJO: Ahora nos aplauden a los dos. Yo también tengo buena puntería.

GUILLERMO: Sólo que tú apuntas a la mitad de la frente.
 EL HIJO: No tenía otra elección. Pero mira, aún queda una manzana...

GUILLERMO: Y yo guardo otra saeta en mi cintura.
 EL HIJO: Pues guárdate la saeta para la caza del zorro. Y dame la manzana.

GUILLERMO: ¿A dónde vas?
 EL HIJO: A comérmela al sol. También eso es trabajar por tu prestigio. Que se entere la gente de que, en casa de Guillermo Tell, las manzanas sólo sirven para comerlas.

FIN

ACTIVIDADES (para la Escuela de Padres)

013. ROLE-PLAYING



1. Con una cinta adhesiva de color, trazad en el suelo un rectángulo de aproximadamente 3 x 2 metros. Dividid luego ese rectángulo en seis zonas iguales, también pegando cinta adhesiva de color en el suelo.
2. Escoged entonces seis nombres de personas-tipo que pueden ponerse a favor o en contra del «hijo-contestatario», incluyéndole a él también y a su padre entre los seis que vais a elegir. La lista, por ejemplo, podría ser así: Hijo-contestatario, Guillermo Tell, la madre, un amigo, uno que hace apuestas y quiere ganar dinero con la exhibición, un moralista...
3. Escribid el nombre de cada uno de éstos en un papel diferente y poned los letreros en cada uno de los 6 espacios trazados en el suelo.
4. Cada uno de estos papeles representa, pues, un «role» determinado. Cada persona que entra en el juego («playing») tiene necesariamente que actuar estando dentro del rectángulo que corresponde al papel que quiera representar. Así, el «contestatario» en el suyo; el que quiera representar a «Guillermo Tell», en el suyo, y así sucesivamente.
5. La actividad del Role-Playing es esencialmente dinámica e improvisada. No se trata de «escenificar» algo previsto o estudiado. Se trata, más bien, de que cada uno del grupo, espontáneamente, se meta en el papel correspondiente, entrando en el cuadro que tiene el nombre de ese papel y comience a hablar, tratando de interpretar lo que corresponde a cada papel.
6. En escena no debe haber más de dos o tres personas; incluso es bueno que haya una sola. Si alguien quiere interpretar otro papel, que entre en su cuadro correspondiente.
7. Cada persona no tiene por qué representar sólo un «role» o papel. Puede hacer primero, por ejemplo, de «contestatario», luego de «amigo», luego de «moralista» o de otro cualquiera. Lo importante, precisamente, es eso: que cada uno trate de meterse en el pellejo del otro e intentar captar lo que el otro puede sentir de verdad.
8. El Conductor de Grupo facilitará que cada uno entre cuando quiera, pero dando tiempo al que está ya actuando a que se exprese con tiempo psicológico suficiente.
7. De vez en cuando se hace STOP y todo el grupo opina cómo se han ido representando los papeles. Debe recordarse que no se trata, de ningún modo, que uno vaya allí a representar opiniones «personales» sobre el tema. Lo que ha de hacer es tratar de sentir y decir lo que el «papel» que representa siente y diría.
10. Al final, se suprime el Role-Playing y ya, cada uno, como persona concreta en el grupo, comienza una discusión sobre el tema «EL CONTESTATARIO».



LA HIJA DE DON JUAN

(Son las 11,30 de la noche. La hija de Don Juan entra apresuradamente. Su padre la espera de pie ante la puerta).

DON JUAN: ¿Se puede saber de dónde vienes?

LA HIJA: Ya lo sabes.

DON JUAN: ¿Qué es lo que ya sé?

LA HIJA: De dónde vengo, a dónde fui, a dónde pienso volver mañana. Es la misma pregunta, o la misma respuesta, de cada noche.

DON JUAN: Niña, no me contestes.

LA HIJA: Entonces no me preguntes.

DON JUAN: Soy tu padre.

LA HIJA: En eso estaba.

DON JUAN: Que soy tu padre, ¿te enteras?

LA HIJA: Yo sí, los que no parecen enterados son los investigadores de la literatura universal.

DON JUAN: Tú perteneces a mi vida privada, no a la literatura universal.

LA HIJA: Desde luego, porque si perteneciese a la literatura como tú, o tu personaje, ya tendría yo quién mirara por mis derechos.

DON JUAN: ¿A quién te refieres?

LA HIJA: Me refiero a los críticos, a los eruditos, a toda esa «basca» de ratones de biblioteca que merodean alrededor de tu figura y que, después de ponerte a caldo, como Don Gregorio Marañón, se dedicaría a dilucidar el trasfondo de tus obsesiones morales en lo que a mí respecta.

DON JUAN: No se trata de obsesiones morales, lo mío es la moral del caballero español de toda la vida.

LA HIJA: No me digas.

DON JUAN: ¡Niña!

LA HIJA: Tú nunca tuviste más moral que la del caballo garabán, lo cual no me parece mal en el caballo.

DON JUAN: Seguro que esa frase es de tu profesor de Ética.

LA HIJA: Un tío estupendo, porque además de enseñar como Dios manda, se salta lo que Dios manda cuando le apetece; eso sí, sin presumir de moralista, que eso también es ética.

DON JUAN: Pues me va a oír ese profesor.

LA HIJA: ¿Qué párrafo de los tuyos, aquello de «Yo a los palacios subí / yo a las cabañas bajé...» o tu dulce manera de seducir novicias con la ayuda de un sofá: «¿No es verdad, ángel de amor / que en esta apartada orilla...?» Son los versos más cursis de todo el teatro romántico español.

DON JUAN: Era el siglo XIX, hija mía, y la mayoría de los poetas estaban tuberculosos, cosa que se contagiaba fácilmente a

sus estrofas. Bueno, hubo de todo, como Don Pepito Zorrilla, que según las malas lenguas, estaba sifilítico.

LA HIJA: Pues qué ordinario, ¿no?, porque tus novicias, tus pescadoras y tus mocitas casaderas eran más sanas que todo eso.

DON JUAN: Mirame a mí.

LA HIJA: Por eso lo tuyo resulta mucho más indecente.

DON JUAN: (Le arrea a su hija un sopapo). ¡Deslenguada!

LA HIJA: Me lo estaba esperando. Ya soy libre.

DON JUAN: Mañana mismo te encierro en un convento.

LA HIJA: Ya sabes que la clausura no defiende contra nada, que lo diga la meapilas de Doña Inés. Saldré del convento más embarazada que de una cafetería.

DON JUAN: Soy capaz de disfrazarme de monja para guardar el torno.

LA HIJA: ¡Qué pavor le tienes a tu propia imagen!

DON JUAN: Hija mía, me adoro.

LA HIJA: Pero odias al Don Juan que pudiera seducirme.

DON JUAN: Lo que odio es al sátiro que cualquier hombre lleva debajo de la camisa.

LA HIJA: Esa frase es tan mala que parece de Zorrilla.

DON JUAN: ¿Pero no te das cuenta? Conozco a los hombres, sus instintos, sus pasiones...

LA HIJA: Conoces a Don Juan y es esa triste imagen la que te impide conocer a los hombres de otro modo. Todos son como tú, como te sigues viendo en el fondo de ti mismo: narcisistas, mujeriegos, pendencieros, amorales... ¿y qué otra cosa puede ser la mujer frente a esa clase de macho, si no una víctima indefensa?

DON JUAN: Ya me darás la razón el día de mañana.

LA HIJA: «¡Qué largo me lo fiáis!»

DON JUAN: Y eso que ya cuento con que ahora os prevenís las mozelas mucho mejor que las madamas de mi época.

LA HIJA: Pues no faltaba más, pero eso no cambia nada. ¿Por qué, entre una mujer y un hombre, no cabe en tu cabeza otra alternativa que la precaución? No, no me contestes que no es una pregunta, es un tiro al aire.

DON JUAN: Hija mía, me tienes aterrado, en el fondo eres tan ingenua como Doña Inés.

LA HIJA: Remata la frase: ¡mujeres, al fin y al cabo!

DON JUAN: Pues rematada está. Y se acabó la discusión. Mañana, a las nueve y media, en casa. Don Juan ordena y manda.

LA HIJA: No pensaba salir en toda la tarde. Pasado mañana tengo un examen en la facultad y me queda por ver la mitad de la materia.

DON JUAN: ¡Voto a...!

LA HIJA: ¡Por favor, qué lenguaje, don Juan!

ACTIVIDADES

03. CASOS



1. Entregad el papel con tiempo a dos personas que puedan leer luego con soltura el papel de D. Juan y de su Hija. Pueden llevar incluso algún símbolo externo representativo, que centre mejor la lectura.
2. A continuación, reuníos en equipos de tres personas y tratad de presentar algún caso de «contestación en familia», que luego presentaréis el mejor a todo el grupo.
3. Cada tríada presentad al grupo un CASO que pueda luego valer para discusión en todo el grupo, siguiendo la Técnica de Casos (LAB PM, Técnica 03).
4. Si salen suficientes personajes para un Role-Playing, representadlo siguiendo la Técnica propuesta al final del diálogo «El Hijo de Don Guillermo».